

Diario de una
CAZADORA



Los primeros pasos

PREVIO

Femdom de andar por casa

Ama Blanca

Diario de una Cazadora

Ama Blanca

“La primera vez que me dijeron «Tú mandas Reina», me pilló por sorpresa. Fue un tío que ni siquiera me gustaba, pero inesperadamente mojé las bragas.”

El cambio de dígito siempre nos afecta de alguna forma. Te hace plantearte dónde estás, qué te falta, hacia dónde vas.

A los treinta, estas cuestiones suelen estar relacionadas con trabajo, crianza, pareja. A los cuarenta, con ciertos temas biológicos y económicos resueltos; las cuestiones son más profundas. Quién soy, qué quiero, YO.

Si consigues parar el tiempo y dedicarte a ti, a investigarte, a potenciarte, quizás un día descubras que estás más guapa que nunca, que caminas más altiva, que la cuarenta es la nueva treinta y ocho, y te sienta mejor. Que, como Uma Thurman, puedes cambiar tu look ojeroso, delgado y moderno por unas curvas y aspecto saludable y de bien follá irresistible. Que conoces tu cuerpo, tu mente y tu morbo, sabes lo que te gusta y cómo te gusta. Sabes pedir, enseñar, exigir.

Y entonces, en plena crisis, mientras la mayoría de los hombres se apuntan al gimnasio, se tiñen las canas y se van de putas, tú renaces de tus cenizas y te conviertes en

La puta reina

A OSCURAS

Llevaba días buscándome pollas en Internet.

«Voy a crear mundos para ti», me adelantó. Mundos en los que alguien me seguirá al baño de un bar y me hará una oferta; mundos en los que al ir a la playa puedo acabar follada entre las olas; mundos en los que en cualquier esquina puede parar el coche y recoger a un desconocido. Un desconocido para mí. Solo tengo que dejarme llevar, él me conoce tan bien que puedo delegar mis gustos, mis perversiones y mi seguridad.

De vez en cuando me pasaba una foto. Algunas eran descomunales, todas bonitas. Sabía lo que me gustaba y me las buscaba acorde a ello. Enseguida me picaba la curiosidad: ¿Quién es? ¿Cuántos años tiene? ¿Dónde vive? Pero el muy cabrón no soltaba prenda.

—No te interesa. Estos son mis cabrones y no vas a saber nada de ellos, solo te follarán cuando yo quiera.

Buffffff, lo hubiera matado si no tuviera tantas ganas de follarme alguna de esas pollas. Me había acostumbrado a dejarme llevar; con él controlando y velando por mí, podía soltarme la melena y vivir

situaciones que mi mente cuadrada y racional me impedía. Pero eso tenía un precio: dejarlo dirigir y montar las historias de vez en cuando, según le apeteciera. Crear la ilusión de que él mandaba cuando en realidad trabajaba para mí, crear la ilusión de que yo era una puta arrastrada a sus órdenes cuando en realidad me sentía poderosa por tener varios cabrones dispuestos a acudir al chasquido de mis dedos, ejem, de los suyos.

Iban pasando los días y me iba contando algunos avances.

Ya tengo uno esperando a que estemos libres, veinticuatro centímetros.

Ya tengo dos deseando follarte.

Ya tengo otro, este es especial. Le gustaría que lo mandases tú, él hará todo lo que le digas. Interesante..., pensé.

Estuvo seleccionando varios hombres, buscaba algo muy concreto. Pollas grandes, muy disponibles y capacidad de actuar rápidamente a su llamada. Educados, discretos y sin mucho rollo; solo hablarían para planificar los encuentros. Nada de interminables *emails* como acostumbraba yo a exigir; nada de alargar, ni preguntar, ni calentar cibernéticamente. Además, me dijo que quería usar

a uno de una forma distinta. Tenía la idea de que me follara a ciegas, sin verlo jamás. Tenía que ponerme un antifaz y no quitármelo mientras el cabrón estuviera en casa. Si me gustaba como lo hacía, me follaría habitualmente, siempre de la misma manera. A veces quedaría con él en un centro comercial o un bar y me avisaría: Está aquí el que te folla como una perra. Entonces, yo lo buscaría con la mirada, intentando adivinar, intentando pillar a alguien que me mirase de forma distinta... ¿Qué forma? Forma de haberse hartado a follarme. Forma de haber visto, olido, lamido y penetrado cada rincón de mi cuerpo. Me imaginaba sonriendo a alguien, segura de que era él, para que más tarde Toni me dijera que no, que solo había ligado. Me pareció divertido, diferente, emocionante. Que sea guapo, le insistí. Una vez más dije sí.

Una cita no puede salir igual si te has arreglado corriendo y con contratiempos que si te has dedicado con calma a pintarte las uñas, a probarte los zapatos sin prisa, a tomar un baño de espuma, a elegir con detalle y mente calculadora la ropa interior. Esas cosas las sabemos las chicas, y también las exigimos. Queremos nuestro tiempo para calmar la mente a golpe de brocha, para pasar de madre, amiga, consejera, proveedora, cocinera,

economista... a objeto de deseo. Más que un proceso físico es un proceso mental. El ritual de belleza nos facilita el cambio de personalidad, para que aflore la mujer que duerme cuando tenemos obligaciones que cumplir.

Un día que íbamos a salir, yo estaba eligiendo vestido antes de ducharme, dudando entre azul o negro, absorta imaginándome los complementos adecuados para estar deslumbrante sin pasarme de choni, y calculando el tiempo por si tenía que correr o podía recrearme en el ritual de belleza.

En esas estaba yo mientras oía mensajes entrando en su móvil y cierto ajeteo de teclado. Entonces, me lo preguntó:

—¿Te apetece ver al de veinticuatro?

Recordaba bien su foto. Vestía vaqueros y estaba sentado en una mesa de oficina. Se los había bajado lo justo para hacerse la foto. Su insolente polla desafiaba la gravedad con sus largos veinticuatro centímetros apuntando al cielo. Más gruesa en la base, más fina en la punta, pero con un glande grueso, terso, apetecible.

—Vale.

No acerté a decir nada más. No quise hacer preguntas ni poner condiciones. Iba a por ello y a tomar por culo. Haría mi papel y después valoraría la experiencia. Sin peros. Me apetecía una noche diferente; cenar y conocer al semental; no había dudas, no cabían los «es que». Pero entonces algo se torció: el pollaca no tenía sitio hasta la semana siguiente, y así me lo comunicó mi marido. Vaya, para una vez que me lanzaba sin peros ni hostias...

—Porque traerlo a casa no, ¿verdad?

Se le iluminó la cara.

—Sí, claro, por qué no. En cuarenta minutos está aquí.

¿Quéééééé? ¿Venía? ¿Ya mismo? Y yo con estos pelos. Tocaba correr. Tiré para el baño, me di una ducha rápida y me pasé la cuchilla. Las piernas, las axilas, el coño, el perineo, sin rituales, sin mimos. Los imprevistos no me gustan, las sorpresas tampoco, pero era su forma de actuar. Tenía que superarlo o dejarlo correr y, una vez abierta la caja de Pandora, me resultaba imposible renunciar a experimentar con cada rincón de mi sexualidad.

Así que me puse las pilas y en media hora estaba perfecta: tanga y sujetador negro de encaje,

unos zapatos de puta que solo usaba en casa, con tacones de diez centímetros y tachuelas. A mi metro setenta y cinco no le hacían falta los tacones, pero toda puta sabe que los tacones no se ponen para ganar altura. Un zapato de tacón tensa la pantorrilla, eleva los glúteos y enturbia la mente. Tener bragas de follar está bien, pero tener zapatos de follar, eso es otro nivel. Una camisa negra de seda abierta haría de bata improvisada. Me había maquillado más de lo habitual, en exceso para cualquier evento decente. Tuve dudas con los ojos; al fin y al cabo, total no los iban a ver y el rímel tenía todas las papeletas de acabar corrido como su portadora. Pero decidí maquillarlos con capa doble, quería ver cómo quedaban después de haberme comido dos pollas. Los labios rojos destacarían con el pelo rubio platino y el antifaz negro. Perfecta. Una puta de alto *standing*, de tres mil euros la noche. Con esas pintas, me puse a recoger la cocina; compaginar morbo con obligaciones y el día a día era mi nueva meta en la vida, además de no consentir que los problemas, los percances y las vulgaridades cotidianas arruinaran el calentón ni interfirieran en las historias de película porno que me disponía a vivir. Eso era lo más complicado, y la principal causa de muerte del amor. Me resultaba divertido rellenar el lavavajillas montada en mis zapatos de follar y

agacharme dejando mi culo al aire. Pues, nada, a reírse.

Cuando estaba terminando, llegó el invitado. Había pisado el acelerador el muy cabrón, venía decidido. Ese pedazo de polla debía de darle confianza y seguridad. Toni bajó a por él y yo me quedé sentada en un taburete en la barra de la cocina, de espaldas a la entrada de la casa. Habíamos acordado que entrarían despacio y que me pondría el antifaz al oír abrirse la puerta. Intenté relajarme, la mierda de nervios siempre dando por culo. Al menos ya no entraba en pánico como en los inicios, algo habíamos avanzado. Me dio por pensar en qué dirían mis amigas, mi familia, la gente que me quiere y la que no si supieran a qué dedicaba su tiempo libre esta madre abnegada, esta cuarentona que salía del trabajo corriendo para hacer la compra, esta señora que saludaba tan educada, tan sencilla. Me debatía entre la vergüenza de que se descubriera mi vida secreta y la rebeldía que me incitaba a gritarlo a voces. Sí, follo, follo mucho, he venido a disfrutar, a experimentar, a vivir, ¿algún problema? Solo los más perspicaces podían haber notado mi metamorfosis. Quizá caminaba más recta, o mantenía más la mirada, o movía más el culo. Lo demás lo llevaba en la más absoluta discreción y,

aún así, en pleno siglo XXI me sorprendía a mí misma agobiada por la posibilidad de que a alguien le pareciera mal que me follase a quien me diera la gana, cuándo y cómo quisiera. Parecía demencial, pero, tristemente, solo era porque la educación recibida hacía estragos. Una sociedad en la que robar, engañar y explotar se acepta como «las cosas son así», también es capaz de escandalizarse con un cuerpo desnudo o de linchar a cualquiera que mantuviese una vida sexual activa, sobre todo si ese alguien es mujer. La inquisición ha vuelto, o nunca nos había abandonado, con un disfraz u otro. Hoy en día el disfraz es la falsa moral, el «que se haga pero que no se sepa». El me mato a pajas viendo aberraciones en Internet y luego me escandalizo y critico a una tía que ha tenido dos novios en seis meses. Me dan ganas de apuntarles con una pistola en la sien, ponerlos de rodillas y hacerles confesar todas las fantasías vergonzosas que han pasado por sus reprimidas mentes, Todas las fantasías que no se atreven a cumplir y yo sí. Que se jodan todos. Ahí estaba yo, buscando una postura sexy a la par que cómoda, sentada en el taburete de la cocina, vestida como una puta cara, esperando a dos cabrones que venían a follarme.

Cuando Toni abrió la puerta, una risita nerviosa se me escapó. Los oí hablar mientras se cerraba la puerta y yo cerraba mi visión bajando el antifaz desde mi pelo hasta los ojos.

—Vas a alucinar —decía mi marido.

—Bien, bien —decía el desconocido.

No me gustaba nada que le diera tanto bombo a mi físico, siempre pensaba que era mejor no tener las expectativas altas para causar una buena impresión y, además, no terminaba de creerme que estuviera tan buena. Ya pasaba los cuarenta, dos hijos habían hecho estragos en mi vientre, lejos quedaban aquellos años en los que mi abdomen era una tabla de planchar y mis pechos llamaban la atención. Veía a las veinteañeras y envidiaba sus cuerpos, pero ni por asomo deseaba estar en su piel. Una mujer madura no podía competir con la tersura de sus pieles, pero tenía otras bazas. De todas formas, aunque Toni no era objetivo cuando hablaba de mí, los cabrones, con la sangre en la polla, tampoco lo eran. Siempre preocupándome por menudencias.

Oí los pasos acercándose a mí. Reconocí la voz de mi marido a la izquierda.

—Aquí lo tienes.

Me di la vuelta hacia la presencia de la derecha. Sonriendo le dije hola y alargué mis manos hacia él para empezar a tocarlo con timidez y hacerme una idea de cómo era su cuerpo y su envergadura.

Era un hombre corpulento y alto. Empecé acercando las dos manos a su mandíbula, tenía barba de dos o tres días. Con pequeños toques fui bajando hasta sus hombros. Entonces, se acercó a mí dejando su cuello a la altura de mi nariz, permitiendo que lo oliera y lo rozara con ella. Olía bien.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Jose.

—Ya que no te voy a ver, voy a tocarte mucho. —
Sonreí.

—Claro, lo que tú quieras.

Continué con mi inspección, brazos, codos, antebrazos, manos. Manos grandes, suaves. Deslicé las mías bajo su camiseta para alcanzar su pecho. El pecho masculino siempre ha sido una de mis partes favoritas, siempre me ha resultado muy erótico acariciar unos pechos bien formados, cuadrados y fuertes. Los de Jose cumplían los

requisitos. Me entretuve un buen rato subiendo y bajando, haciendo un mapa mental de su anatomía.

—¿Te gusta? —preguntó mi marido.

—Mucho —dije, y oí a Jose respirar aliviado.

—¿Qué te parece? Esto no se ve todos los días.

Toni se dedicaba ahora a asegurarse de que el invitado apreciaba la mercancía.

—Uffff, una pasada.

Yo seguía acariciándole el pecho, pero pronto bajé al pantalón. Llevaba un cinturón de tela con una hebilla que se cerraba en clip, el cual no alcanzaba a desabrochar. Ya estaba jodiéndome el puto antifaz. Mi marido y sus ideas, todo el glamur y seguridad perdidos por una lucha contra una hebilla. Intenté disimular, como si no tuviera prisa. Intenté pensar como una puta de pago: cuanto más me entretenga en abrir la hebilla menos rato tendré que comérsela. Eso no funcionaba, me moría por tocar y comerme la única parte de su cuerpo que había visto. Antes de ponerme cabezona, lo dejé estar y pasé mis manos alrededor de su cintura para dejarlas caer en su culo. Bueno, prieto, proporcionado.

—¿Cuánto mides, Jose?

—Uno ochenta.

—Bien.

Me levanté y pude notar que gracias a los tacones lo sobrepasaba en altura. Su «¡hala!» y su risa me lo confirmaron. Noté que se hacía pequeñito por momentos. Seguí con mis caricias. Y entonces le pedí que se quitara la camiseta y se diera la vuelta. Era muy obediente, sabía perfectamente cuál era su sitio y qué se esperaba de él: hacer lo que yo quisiera y darme placer, y a cambio podría follarse una buena puta. Ese era su cometido y, de momento, lo estaba cumpliendo a rajatabla. Se dio la vuelta y le pude sobar la espalda, grande y fuerte también, como a mí me gustan. Con mis manos lo volví a poner de frente. Ahora sí, iba decidida a por su polla y volví a mi particular batalla contra el cinturón. Esta vez usé la cabeza en lugar de las manos.

—Quítate el cinturón —mi tono sonó a fastidio.

Puse mis manos en su cintura y él se apresuró a soltar la correa que casi se había convertido en su cinturón de castidad. Tras unos segundos oí caer los pantalones al suelo. Sonreí con satisfacción mientras con los dedos buscaba la goma del calzoncillo para bajárselo. Cuando le toqué por

primera vez la polla, estaba en semierección. Le pasé la mano por los huevos; piel suave y pelotas pequeñas. Cada cuerpo es un mundo, cada polla también, pero el estar privada de visión me obligaba a desarrollar los otros sentidos, principalmente el tacto, y me descubría matices que nunca antes había experimentado. Era la primera vez que miraba a alguien con las manos; era algo nuevo, entretenido y muy excitante...

Comencé a pajearlo suavemente y fue poniéndose dura. Me acerqué a su oído para decirle lo mucho que me apetecía follármelo. De vez en cuando oía a Toni supervisando.

—¿Qué te parece?

—Uffffff —decía Jose.

Me imaginaba a mi marido con esa mirada suya, mezcla de cabrón cachondo y de chulo orgulloso de su puta. Me querías puta... —pensaba yo—, pues puta me vas a tener.

—Sí, reconozco esta polla.

Era ella, más gorda en la base, más fina en la punta. Increíblemente larga y, como ahora empezaba a comprobar, con buena dureza. La acaricié como una profesional, apretando y

soltando, manoseando sus huevos, pasando la mano por todo el tronco. Quería «verla» en todo su esplendor. Empezaba a notar el calor, así que me quité la camisa y la dejé caer en algún lugar indeterminado, y me quedé solo con el tanga y el sujetador. Enseguida noté el aire acondicionado directamente en mi piel y se me erizaron los pelitos de la nuca. Volví a buscar con la mano la polla de Jose, estaba ya muy dura, muy apetitosa.

Y en esas estaba cuando noté que Toni se había cansado de mirar, porque pasó a la acción bajándome el tanga. Le facilité el proceso subiendo los pies, primero uno, después el otro, sin dejar de tocar la polla sorpresa que me habían regalado.

Ya sin tanga, me arrimé su polla al coño y rocé con ella mi clítoris. Jose suspiraba y mi instinto me arrojó a probar su boca. Se la busqué con tiento. Despacio acerqué mis labios hasta que encontré los suyos. Lo besé tímidamente, como besan los adolescentes enamorados, y él me respondió con delicadeza, en total oposición a lo que ocurría en nuestras entrepiernas, que se restregaban ya sin ningún pudor.

Cuanto más lo besaba, más le crecía la polla; era un cabrón romántico. Besos de novia los llamaba mi marido. No todas las putas besan y eso vuelve

locos a los cabrones. Pocas cosas hay más guarras y excitantes que dos bocas lamiéndose, succionándose y jugando en los recovecos húmedos con las lenguas.

Entonces lo sentí detrás, arrimando su polla a mi culo, apretándola mientras buscaba la entrada. Yo seguía besando al invitado y pajeándome con su polla, y no pude resistirme a pasarla hacia atrás, deseando que se rozaran las puntas. Siempre me había excitado el porno gay, por transgresor. Ver a todos esos muchachos guapos y musculosos dándose por culo era uno de mis vicios inconfesables, y la idea de que los dos folladores que tenía a mi disposición pudieran rozarse sin querer me excitaba sobremanera. Siempre nos excitan las cosas raras, no conozco a nadie cuyo morbo tenga su máxima expresión en meter o meterse una polla en la postura del misionero. Siempre son posturas, prácticas o estéticas transgresoras, vergonzosas, ocultas. Y si hacer un trío es transgresor, hacer un trío en el que los tíos acabasen follándose entre ellos es un *bonus*. ¿Y quién me iba a impedir esta pequeña travesura? Si acaso, ellos, pero no fue el caso. Así que mientras besaba al cabrón invitado y el cabrón de casa me restregaba su polla por el culo echándome el aliento en el cuello, yo me las apañaba para juntar

sus pollas y notar como la excitación de Jose crecía al igual que la intensidad de sus besos.

Me sentí bien en mi ceguera, controlando la situación en todo momento. A pesar de la torpeza de mis pies y de que el desequilibrio se apoderaba de mí al intentar moverme, me las apañaba bastante bien en el tren superior y sobre todo con mi cabeza, que hacía de las suyas al intentar imaginar el rostro del deseo. En mi mente podía ver caras de vicio, bellas pieles, bocas entreabiertas, ojos en blanco, labios mordidos. Sin los límites de la visión, iba a follarme a los Dioses del Olimpo, y yo era Afrodita.

Poco tiempo me dejaron disfrutar de los roces prohibidos. Mi marido no tardó en cambiar su polla por su mano y Jose, imagino que tras un gesto de Toni, le siguió obediente. Desde atrás, los dedos conocidos, los que sabían perfectamente mis puntos débiles, entraban y hurgaban mis entrañas. Por delante, los nuevos, precavidos pero ávidos por darme placer, acariciaban el botón infalible. Las pajas a dos manos siempre me habían gustado. Yo solía pajearme así, dos deditos dentro jugando con el punto g, entrando y saliendo y rozando y presionando. Dos deditos fuera, jugando en círculos sobre el clítoris, masajeando los labios con

rapidez, casi con furia. Dos tempos distintos que mis dos amantes reproducían como si fuera yo misma la autora. Siempre había pensado que quien mejor se puede dar una paja es uno mismo, pero sin duda me equivocaba.

Seguía morreando a Jose cuando Toni me dijo al oído:

—¿Quieres correrte?

Tal era la seguridad en su técnica que se permitía el lujo de elegir el momento de mis orgasmos. Le dije que sí y me preparé para la explosión. Apoyé mi boca en el cuello de Jose, me abandoné sujeta por su fuerte cuerpo y los dos aumentaron el ritmo, haciendo que me corriera fuertemente en unos segundos. No hay nada más humillante que correrte delante de dos cabrones, totalmente expuesta. Más que un triunfo del placer me parecía una debilidad haber sucumbido a él. Una fuerte corrida podía hacer flojear las piernas o las ganas. Por eso, en cuanto mi coño dejó de contraerse, respiré profundamente apartando mi boca del cuello de Jose, alejándome con un hilito de baba y la seguridad de que había dejado marcados mis dientes en su piel, y bajé hasta quedarme en cucullas, dispuesta a darle la mejor mamada que hubiera recibido nunca.

Mis nuevos ojos me indicaron la posición, el tamaño y la dureza. Y antes de metérmela en la boca, decidí pasar mi lengua por los huevos, succionarlos y comérmelos. Masajearlos con la boca, dejarle la polla dura y preparada para la mamada. Pasé la lengua un momento por el glande, bajé por el tronco sujetándolo con la mano y dejé caer toda mi gula en sus pelotas. Enredando la lengua en ellas, succionándolas hasta hacer el vacío, hasta el límite del dolor, soltándolas y lamiendo suavemente para aliviar el placer. ¿O era el dolor? El antifaz me impedía ver cualquier mueca. Pero el tamaño y la tensión de su polla, que seguía sujetando con la mano, me decían que no iba por mal camino.

Cuando tuve los huevos lamidos, chupados, succionados, babeados, e incluso mordisqueados, cuando mi nariz ya se había impregnado de olor a macho, sus feromonas escapaban por todos los poros de su piel y lo tenía preparado para follarme, fue cuando subí hasta la punta y me la metí en la boca. Primero el glande, después unos centímetros más; después la moví de derecha a izquierda dentro de mi boca, intentando dilatar la cavidad; después la saqué para coger aire y volví a introducirla en la garganta hasta que me dieran arcadas, así ensalivaría mejor. Pensaba tragármela

tan profundo como me fuera posible, quería a Toni orgulloso de lo que me había enseñado a hacer. No tardó en apuntarse a la fiesta. Noté su presencia otra vez a mi derecha. Y por el ruido supe que se cogía la polla y me la acercaba. Giré mi cabeza hacia ella y cambié de mano la polla de Jose para poder coger la de Toni con la derecha. Así, dos manos, dos pollas. Y la boca comiéndoselas a turnos. La hebilla del cinturón de mi marido, para variar, dándome en la frente. Le solté la polla y me la protegí con la mano; era puta, pero no tonta. Y si no hubiera tenido la boca ocupada, le hubiera pegado un bufido. ¡Putita manía de no desnudarse para follar! Como era él, se lo consentía, porque él me consentía a mí otras cosas, como tener en la cocina a un tío con su polla de veinticuatro centímetros metida en mi boca. La hebilla del cinturón tendría que quedarse. Esos son los pensamientos que te asaltan cuando estás en cuclillas comiéndote dos pollas y que se desvanecen en el momento en el que oyes la voz de tu marido decirte:

—Cómete las dos a la vez.

Vale, espera, eso era físicamente imposible para mí. Tengo los labios carnosos, pero la boca pequeña, no sabía cómo cojones lo iba a hacer,

pero al menos lo intentaría. Tiré de las pollas hacia mí y noté cómo daban pasitos laterales el uno hacia el otro. Debían estar bien pegados para que las dos pollas pudieran entrar en mi boca. Debían apretar sus cuerpos, el uno contra el otro y acercarme las caderas para que yo estrujara las puntas y las pudiera introducir. Las junté y las chupé antes de hacerlo. Estaban buenas las dos, sabían a deseo. Y cuando estuvieron llenas de saliva, abrí la boca y me las comí a pares, sabiendo que más que roce ahora estaban las dos apretadas una contra la otra, sus culos juntos, sus piernas tocándose sin ninguna duda y mi lengua tenía dos capullos para jugar, lamer y experimentar. Por un momento se me ocurrió que podría metérmelas las dos en el coño y noté cómo la humedad se escapaba del mismo. Era una posibilidad a explorar, pero ahora tenía trabajo y seguí con él. Dentro, fuera, chupaba una, chupaba otra, metía las dos. Un trabajo de película porno, pero, aparte del morbo de obligarlos a tocarse, no me resultaba muy estimulante. Físicamente incómodo y agobiante, y aunque creo firmemente en el poder de la mente frente al cuerpo, hay ocasiones en las que tu cuerpo manda. Así que decidí incorporarme y les pedí que me follaran de una vez. Esa dicotomía, ese comportarme como una puta perra a la vez que marcaba el ritmo de los acontecimientos me estaba

resultando muy inquietante. No soy un ser pasivo, empezaba a entender lo que siempre me repetía mi marido:

—Actor/director. No debes abandonarte a los acontecimientos, tienes que dirigir la historia hacia donde tú quieras y, al mismo tiempo, participar y disfrutarla.

Actor/director, placer/trabajo, ocio/obligación. Disfrutar sin perder el control, así empezaba a hacerlo, aunque asumiera el papel de puta, aunque tuviera los ojos vendados, inválida y desprotegida. Aún así, yo dirigía la fiesta. Toni mandaba porque yo lo consentía y porque, a pesar de estar interpretando su papel de chulo a la perfección, era también mi protector, él velaba por mí, por mi seguridad y por mi placer. Jose estaba a mis órdenes y las cumplía, sin demora y sin cuestionarlas, y eso, junto con el tamaño de su polla, lo estaba convirtiendo en el amante perfecto...

Crowdfunding

Si te ha gustado este aperitivo de “Diario de una cazadora” puedes colaborar para hacer posible su publicación. Pincha en la imagen para acceder al crowdfunding, conseguir recompensas exclusivas y convertirte en mecenas de Ama Blanca.



Indice

Portada

Título

A oscuras

Crowdfunding

Derechos de autor: Ama Blanca